

á muchos de los niños, cada institucion acompañaba el cuerpo hasta que se encontraba con otra que, á su turno, se unia al cortejo, mientras que la primera volvía á su barrio. De esta manera, los cuarenta mil alumnos que asisten á las escuelas cristianas de París pudieron concurrir á los funerales del Hermano Felipe.

Al atravesar los barrios populares, el séquito recibió los homenajes de toda la poblacion laboriosa que los habita. En la calle de San Antonio, en la plaza de la Bastilla y en la calle de la Roqueta, las mujeres se santiguaban y los hombres saludaban con respeto al maestro á quien debían su primera educacion, y al religioso que, en los campos de batalla, arrojó tantas veces la muerte por correr á socorrerlos. Viendo ese ataud del pobre, los obreros recordaban las puras alegrías de su juventud, y el dichoso tiempo en que las arengas de los clubs no habian aún echado á Dios de su corazon.

Era la una de la tarde cuando el cortejo llegó al Padre Lachaise. El señor Abate Roche rezó las últimas oraciones en medio de un profundo silencio que interrumpian solamente algunos sollozos prontamente contenidos; luego M. Desjardins, Subsecretario de Estado del Ministerio de instruccion pública, acercándose á la tumba aún abierta, pronunció el discurso siguiente:

"Señores: El que representa al Ministro de instruccion pública no puedo dejar que esta tumba se cierre sin rendir su último homenaje á la existencia que acaba de apagarse. Grande existencia! cuya verdadera grandeza la forman los servicios y las virtudes.

No me toca á mi decir cuánto pierde el Instituto de los Hermanos en el hombre que lo dirigía con tanto sabiduría y que lo representaba con tanta autoridad, que aumentaba el respeto debido á su sociedad con el que todos tenían por su propia persona; pero la instruccion pública hizo tambien una pérdida cruel, que siento profundamente. Ella tuvo durante cincuenta años en el venerable Hermano Felipe el servidor más vehementemente consagrado y el más constantemente útil, siempre pronto para el trabajo, dotado de un tino y de una prudencia que no excluian la energia, y que sabiendo defender sus derechos, era incapaz de arrogarse los ajenos.

El Hermano Felipe tuvo una parte inmensa en este desarrollo de la enseñanza primaria, al que se han consagrado tan-

tos nobles espiritus. ¡Cuántas inteligencias en las cuales, sin él, la luz no hubiera penetrado jamás! ¡Cuántas escuelas fundadas por sus cuidados, en lugares á donde los conocimientos más elementales no habian y no hubieran quizá aún llegado de otro modo! Su ejemplo y sus lecciones, transmitidos á toda la Francia, han formado esos numerosos misioneros, humildes, piadosos y llenos de celo, á quienes el trabajo no espanta, la fatiga no detiene, la ingratitude misma no desalienta. Llenos de su espíritu, llevan á todas partes sus conocimientos con una instruccion que aplican cada dia á mejorar los principios y los preceptos de la religion; ellos los llevan, sobre todo, á aquellos puntos donde saben que son desconocidos ú olvidados. No quieren arrebatar los espiritus á la ignorancia para entregar las almas á la nada y á los peligros de la incredulidad; aspiran y alcanzan á formar cristianos, seguros de trabajar así en bien de la Patria, al mismo tiempo que trabajan por la salvacion de las almas.

Acabo de hablar de la Patria; yo no puedo olvidar que el Hermano Felipe enseñó á los suyos á amarla y á servirla hasta en medio de los peligros y en presencia de la muerte; yo no puedo olvidar que, en medio de nuestras cruces pruebas, hubo dias en que los Hermanos no tuvieron más que seguir á su Superior general para portarse como héroes y para caer como mártires. Todos esos recuerdos, señores, pueden traerse á la memoria al borde de una tumba, pues son de aquellos que no se borran de la memoria de los hombres, y son tambien, y sobre todo, de los que se cuentan ante Dios."

El tono profundamente cristiano de este discurso produjo una viva emocion. Era imposible juzgar en mejores terminos la obra del Hermano Felipe, y apreciar con más tino los incomparables servicios que este venerable religioso prestó á la causa de la instruccion popular.

Mr. Arnaud, Alcalde del VII distrito de París, en el cual está situada la casa principal del Instituto de los Hermanos, habló en seguida. M. Vautrian pronunció un tercer discurso, en nombre de la ciudad de París y del Departamento del Sena. El habló en términos llenos de animacion de las raras cualidades del difunto y ensalzó el instituto de que era superior: "Cuando nadie, dijo, pensaba en generalizar la instruccion de los pobres, fueron los Hermanos de las escuelas cristianas quienes tomaron esa iniciativa y ese cuidado ge-

neroso, y si hoy los progresos de la civilizacion han hecho abrir escuelas casi en todas partes, el pueblo no debe ser olvidado; acordémonos que son los Hermanos de la Salle quienes han abierto la via."

Después de este discurso, el señor abate Roche dió la bendiccion, y la concurrencia empezó á desfilar para no terminar sino con la noche.

Un gran número de coronas fueron colocadas sobre la tumba del Hermano Felipe. La más bella la dió un obrero empastador, llamado Tremot.

La vispera, más de 3,000 personas habian venido á orar á la capilla ardiente de la calle Oudinot. Cada uno inscribia su nombre en cuadernos é indicaba en pocas palabras el motivo de su visita.

Un anciano obrero recordaba llorando á los Hermanos que el venerable Superior le habia enseñado á leer, en Reims, hace más de cincuenta años. El mostraba un rosario y decia: "El santo me lo dió!"

Un antiguo militar, oficial de la Legion de Honor, dejó su cruz sobre el féretro. Un General de division dijo en alta voz, entregando una ofrenda para los niños de una escuela: "Lo que soy lo debo á la instruccion que me dieron los Hermanos."

(De la Sociedad de Medellín)

3924 CONSEJOS

A LOS JÓVENES SOBRE EL ESTUDIO DE LA FILOSOFÍA, POR MONSEÑOR DUPANLOUP, OBISPO DE ORLEANS, MIEMBRO DE LA ASAMBLEA NACIONAL.

Con la modestia propia de los grandes espiritus, el Obispo de Orleans nos ofrece bajo este título tan sencillo una obra filosófica de primer orden. Pocas páginas más elocuentes y más luminosas han salido de esa pluma tan clásica, tan franca y tan cristiana; pocos libros han venido más oportunamente á combatir seculares preocupaciones y á disipar una confusion funesta.

En efecto, si hay un mal que deba imputarse á los escritores del último siglo, no es otro que el de haber puesto en abierta hostilidad á la filosofia y la religion. Transpasando los límites asignados á la ciencia por la naturaleza humana, renegando de lo que no podia explicar, declarando absurda la idea de lo sobrenatural, obligaron á la Iglesia á combatirlos; y como quiera que basaban todos sus erro-

res en la egida de la filosofia, mientras más prolongada se hacia la lucha, más se esparció la creencia errónea de un antagonismo necesario entre el cristianismo y la filosofia, entre la razon y la fe. Bajo el imperio de esta prevencion, las opiniones disidentes no tardaron en llegar á ese grado de exaltacion que hace imposible toda discusion seria. A los ojos de los *soi-disant* filósofos todo hombre que creia en Dios habia como decaído de su dignidad de ser pensador; á los ojos de muchos cristianos más ardientes que ilustrados, que hacian pagar á la filosofia los errores de los filósofos, todo examen racional del dogma era sospechoso de herejía.

Dios sólo sabe el mal intelectual y moral que nos ha hecho esa deplorable lucha prolongada por cerca de un siglo. Para ponerle término no se han necesitado menos de cincuenta años de perseverantes esfuerzos; se han necesitado los escritos de filósofos sinceros y religiosos, tales como Cousin y Maine de Biran, quienes han fijado el límite en que la certidumbre lógica termina para reconocer la necesidad de la revelacion; se han necesitado al mismo tiempo los admirables trabajos de toda una escuela de apologetas tan versados en la teología como en la filosofia, tan buenos oradores como escritores notables, que han tomado por punto de partida de su propaganda cristiana los datos verdaderos de la ciencia humana. Nos referimos á monseñor Frayssinous, al padre Lacordaire, al padre Ravignan, al padre Gratry, M. de Montalambert, M. de Falloux, M. Cochin, M. Nicolas y al señor Obispo de Orleans mismo, á quien deberiamos haber puesto en el primer lugar.

Gracias á sus esfuerzos la oscuridad se ha disipado: para todo hombre inteligente y sincero, ninguna idea de inconciliable oposicion se une á estas dos palabras venerables entre nosotros: filosofia y religion.

Pero ¿sucede lo mismo á los ojos de la multitud? ¿no subsiste la preocupacion en toda su fuerza? ¿no ha sido cuidadosamente conservada por las *soi-disant* liberales, por aquellos cuya politica es el odio á los sacerdotes? ¿no existe hoy más que nunca la urgente necesidad de reaccionar contra este dañoso error y volver sus títulos de honor á la filosofia que nos lleva hacia Dios, á fin de refutar más victoriosamente el filosofismo que de

¿se separa por sistema? Tal es la tesis sostenida por monseñor Dupanloup en su nueva obra. Vamos á tratar de resumirla, tan brevemente como nos sea posible.

Soberana entre todas las ciencias por su origen de la inteligencia divina, por su objeto que es Dios mismo, por sus maestros que fueron los principales del espíritu humano inspirados por Dios, por la certidumbre de sus resultados, sobre los cuales reposan todos los conocimientos humanos, la filosofía es indispensable para ilustrar los espíritus, templar los caracteres y fortificar las almas: es sobre todo necesaria para transformar creencias latentes, y por decirlo así, pasivas, en una fe militante, capaz de discusión, de propaganda y de conquistas.

¿Cuál es, en efecto, la doctrina católica escrita en el Evangelio, desarrollada por los Santos Padres, enseñada por la Santa Sede? Esa doctrina dice que la religión, nacida de Dios, inspirada, conducida y sostenida por Dios, no tiene nada que temer ni de la discusión ni de la libertad: es la depositaria de la verdad y debe responder á las objeciones del espíritu humano con la tranquilidad que tan bien sienta á la fuerza, con la suprema dulzura que debe inspirarle la conciencia de su eternidad y de su infalibilidad. En cuanto al antagonismo que ciertos filósofos extraviados de la prensa anticatólica tratan de crear entre la fe y la razón, no ha existido sino en la imaginación exaltada de aquellos que desconocen la razón humana ó que no han leído el Evangelio.

A Dios gracias, la fe y la razón no son dos caminos trazados en sentidos contrarios: son dos caminos que conducen al mismo centro, dos atributos del mismo ser que se completan el uno al otro y que no podrían existir el uno sin el otro. No hay más fe inmutable que la fe aceptada, comprendida, afirmada por el hombre en la plenitud y madurez de su razón: no hay más razón verdadera que la razón alumbrada por la fe.

Vamos más lejos todavía. Considerando en su origen la razón y la fe, no son sino una sola cosa: son la una y la otra emanaciones de lo alto, un soplo divino que vive en el hombre. Por ellas el hombre piensa y obra; por ellas es Rey de la creación y lleva en sí la imagen de Dios. No se diferencian sino en su extensión y

en su aplicación: la razón dirige al hombre en esta tierra; le revela las leyes del espíritu humano; le descubre las verdades absolutas, inmateriales, invisibles que no sabríamos demostrar, pero que tan poco sabríamos negar. Apoyado en estas firmes bases, es como la fe toma su vuelo y sube hacia el cielo: habla al hombre de su origen y de su fin último, ya entrevistos por la razón; le revela los misterios de ese mundo superior, que la razón divina sin penetrar en él; le habla de ese ser eterno, omnipotente, perfecto, ser de los seres, cuya existencia comprende la razón sin poder comprender su naturaleza. Siendo la razón impotente para demostrarlo todo, inhábil para penetrarlo y demasiado sincera para confesarlo, ¿puede rechazar la fe que la completa y la fortifica? ¿puede rechazar dogmas que, colocados muy por arriba del terreno de la ciencia, se armonizan sin embargo perfectamente con la naturaleza y las necesidades morales del hombre, tales como nos las revela una atenta observación? ¿Tiene acaso derecho para rechazar sistemáticamente el misterio religioso cuando, por su propia confesión, está rodeado de misterios psicológicos y metafísicos?

Por lo que toca á la fe, ¿qué sería de ella sin la razón? De la razón saca su importancia y su existencia misma; por la razón puede penetrar hasta en las profundidades del alma humana. Sin duda ella revela verdades superiores á la razón; pero no puede hacerlas aceptar mientras que la razón no haya reconocido su conveniencia y su posibilidad morales. Una fe creada sin el concurso de la razón no es sino demencia ó hipocresía; se extingue ó desaparece con la exaltación que la ha engendrado: la única fe durable es la que comienza haciéndose aceptar por la razón.

¿Acaso hay otra vía para que el hombre pueda persuadir al hombre? ¿Acaso hay otro medio para que la palabra pueda apoderarse de la conciencia? ¿Cómo Jesucristo, cómo sus apóstoles conquistaron naciones para la religión de la cruz? ¿Proscribían la razón? ¿exigían una fe ciega? ¿trataban de imponerla? No. Abrió el Evangelio, los Hechos de los Apóstoles, los escritos de los Santos Padres: vereis á San Pablo, Tertuliano, San Agustín, San Basilio, San Crisóstomo, invocar sin cesar las luces de la razón

natural, siempre vivas y poderosas en el alma sencilla y fuerte de las multitudes, y tomarlas por punto de partida de sus predicaciones.

Léjos de condenar la razón el cristianismo la consideró siempre como su base y su fundamento; la reconoció, por decirlo así, como el germen y el primer grado de la fe; vió en ella lo que se podría llamar la fe intelectual, precediendo á la fe religiosa y preparándole el camino. La honra y la cultiva como reflejo de la inteligencia divina, como signo de nuestro celestid origen, como prenda de inmortalidad. En una palabra, para usar el lenguaje tan autorizado como decisivo de monseñor Dupanloup, "la teología y la fe serían imposibles sin la razón. Además cuando la razón lleva al hombre hacia la fe, hacia la fe generosa, la fe activa, tiene un gran deber que llenar y es el de buscar en la medida que le sea posible, con ayuda de lo que se llama la razón teológica, la inteligencia de las verdades en que crece: *fides querens intellectum*. . . La fe y la razón han sido hechas para prestarse un apoyo mutuo, *opem mutuam sibi ferre*. La fe, según los teólogos católicos, no viene á contradecir ó humillar á la razón: ha sido creada para iluminarla, fortificarla, elevarla; ha sido creada para dar al hombre verdades nuevas y elevar la razón humana."

Esta doctrina es constante en la Iglesia católica: nacida del Evangelio, presidió á la propagación de la fe cristiana; brilla en todo su esplendor en tiempo de los últimos Césares, en los tratados de San Agustín, en la Edad Média, en las obras de Santo Tomás de Aquino, y aun á principios de este siglo inspiraba la encíclica de Gregorio XVI que condenaba en M. de Lamennais esa fe intolerante que niega la autoridad de la razón, así como más tarde el inflexible orgullo de la razón había de levantarse contra la fe; por fin, en nuestros días esa doctrina parece intacta en las constituciones del Concilio Vaticano: "No solamente (se lee allí) la fe y la razón no pueden jamás estar en desacuerdo, sino que se prestan mutuo apoyo, demostrando la recta razón las bases de la fe y cultivando á la luz de sus enseñanzas la ciencia de las cosas divinas, y preservando la fe por su parte á la razón de sus errores y extendiendo el círculo de sus conocimientos. Así, léjos de oponerse al cultivo de las

artes y las ciencias humanas, la Iglesia les da estímulo y apoyo. No ignora ni desprecia las ventajas que procuran al hombre; al contrario, reconoce que al mismo tiempo que vienen de Dios, "el Señor de las ciencias," cuando son sabiamente estudiadas, pueden llevar á Dios con la ayuda de su gracia. La Iglesia no prohíbe á dichas ciencias usar en sus investigaciones, principios y métodos que le sean propios; pero reconociendo este derecho, vigila cuidadosamente á fin de que las ciencias, por su resistencia á la divina doctrina, no caigan en el error ó á fin de que, traspasando sus límites propios, no invadan los dominios de la fe."

Tal es la doctrina que defiende con severa elocuencia Monseñor Dupanloup, en los capítulos del nuevo libro que ha consagrado al estudio de las relaciones de la filosofía con la religión.

Los capítulos en que expone su método y sus procedimientos de enseñanza presentan otro interés más especial, más técnico en cierto modo, pero igualmente de los más serios. No pretendemos ni aun resumirlos. Además de que es necesario concluir, no podríamos fener la pretensión de dar á los lectores una idea de esta hermosa y grande obra; únicamente hemos querido inspirarles el deseo de leerla y meditarla. Ahí verán cómo un Obispo, alejado de la Academia por el triunfo de una filosofía deletérea, se venga de esa elección deplorable y de la Academia misma, escribiendo una de las más bellas apologías que jamás se hayan hecho de la verdadera filosofía.

RENÉE LAVOLLÉE.

LA ESTADÍSTICA DE LOS CULTOS EN EUROPA.

De un excelente artículo de Pablo Morel, *La estadística de los cultos en Europa*, que publica *Le Monde*, tomamos lo siguiente:

Según los datos suministrados por la estadística prusiana, los 15.614,890 protestantes de aquel reino poseen 12,959 templos con 9,050 pastores y 267 catequistas. Los 7,950,679 católicos tienen 8,997 iglesias y capillas, con 4,451 Curas y 3,239 Vicarios.

Según los diarios eclesiásticos protestantes de Berlín, entre 655,000 ha-